presentado a los ministros. Sin embargo, Maximiliano entiende finalmente que el tesoro público no puede ya subvenir a las necesidades de los servicios públicos —no está asegurada ya la soldada de las tropas, no está pagado el forraje de los caballos—, y se decide reunir una conferencia. Se reúne el 1 de mayo y él la preside. Están presentes los ministros de Finanzas, de Asuntos Extranjeros, de Guerra, el mariscal Bazaine, el señor Danó y el señor de Maintenant. Maximiliano resume la situación: "La bancarrota del tesoro o la esperanza de salvarlo". Se impone la necesidad de que Francia los ayude, porque si no es así la obra de la intervención estará comprometida. Por lo demás, éste es el deseo de Napoleón, afirma.

Finalmente, después de la discusión, Bazaine consiente en adelantar una suma de quinientos mil pesos fuertes por mes, hasta el momento en que el gobierno francés tome una decisión respecto de este asunto. Con este gesto, eligió ayudar al imperio mexicano. Tiene poder para actuar de esta manera: Napoleón lo ha dejado en libertad de consolidar o de abandonar a Maximiliano. Pero ésta es una medida provisional.

El 20 de mayo reciben a Almonte en las Tullerías. Le comunica al emperador los deseos de Maximiliano: prolongación de la ocupación francesa y ayuda financiera. La nota que envía el día 23 al ministro de Asuntos Extranjeros, suscita una respuesta que no se hace esperar. Respuesta neta e incluso brutal bajo la cortesía de las formas diplomáticas. Se admiran "de la persistencia de las ilusiones que presidieron la concepción de ese proyecto". Es imposible discutir las proposiciones traídas por el general Almonte. Francia cumplió los compromisos contraídos; México, no. Está, pues, autorizada a denunciar el convenio de Miramar. Tampoco ayuda militar o financiera. A menos que un nuevo convenio le entregue la mitad del producto de las aduanas para cubrir las deudas del pasado y las cargas del presente. En este caso, el mariscal Bazaine fijará, de acuerdo con el emperador Maximiliano, las medidas de evacuación de sus tropas en las condiciones más favorables para el mantenimiento del orden. Si no, el gobierno francés, considerándose liberado de todo compromiso, ordenará la repatriación del ejército teniendo en cuenta sus conveniencias militares y técnicas.

Para Maximiliano, es un golpe de maza. Se ve cara a cara ante la realidad: este rechazo le hace comprender la hostilidad de París. Y sin París, ¿qué hacer? No puede ocultar "su desaliento, su abatimiento", nota Blasio, el secretario. Su voluntad es más y más "vacilante".

Sin embargo, de lejos Eloin, que sin embargo debería saber a qué atenerse, reanima sus ilusiones. Existe la convicción, dice, "de que con una decena de miles de hombres consagrados, el imperio puede sostenerse definitivamente y, Dios mediante, ganar de nuevo pacíficamente todo el territorio". Cuando el emperador se encuentre solo, cuando los últimos soldados franceses se hayan retirado, ¿por qué no contar con los sentimientos de gratitud de los mexicanos? Libres de una ocupación que les pesa, descubriendo al fin el valor y la abnegación del príncipe que tanto sacrificó por ellos, "lo aclamarán de nuevo".

Maximiliano no pide más que escuchar este lenguaje, él, que, un mes más tarde, declararía tener un plan de campaña "para pacificar al país de manera pronta y definitiva". Lo que los franceses "no han podido o no han querido hacer", él lo intentará, él, con valor y persistencia, deplorando el tiempo precioso que se ha perdido tan inútilmente por causa de la inercia de Bazaine.

La ceguera del servidor es igual a la inconsciencia del amo.

*
* *

¿Es irrevocable la decisión de Napoleón III? ¿Renunciará definitivamente a lo que Rohuer llamaba ayer "el gran pensamiento del reino"? Sí, porque ha perdido sus ilusiones. En primer lugar, las que tenía en Maximiliano. Se engañó acerca del carácter y las capacidades del archiduque que, en unos cuantos meses, ha acumulado las pruebas de su falta de energía, de su ausencia de espíritu político. Como le confió a sir Charles Wyke, "se colocó en una situación desagradable" y quiere salir de una situación difícil, tanto más cuanto que los acontecimientos lo obligan a ello.

En Francia la irritación crece de día en día. Ahora bien, si el emperador pudo él solo tomar la decisión de intervenir en México, no puede quedarse allí sin la aprobación del Cuerpo Legislativo. La oposición se expresa con violencia. "Habéis comprometido las finanzas de Francia, habéis hecho de la sangre de Francia un uso que deberá pesar sobre vuestras conciencias", exclama Jules Favre. Pero tan grande, aunque menos vehemente, es la resistencia de parte de la mayoría. Entre las dos hay una diferencia de tono y de intención. Cuando Berryer dice: "es pura locura querer fundar el equilibrio de nuestro presupuesto en la esperanza de rentas mexicanas", recoge numerosas señales de asentimiento y exclamaciones de "¡muy bien!", que parten del centro.

En la prensa, son raros los periódicos que se atreven a excusar la expedición. "Falta menor", dice J. J. Weiss. Pero Forcade, en la *Revue des Deux mondes,* pregunta hasta cuándo persistirá "ese gigantesco atolondramiento". Allí están los moderados. Prévost-Paradol conduce la ofensiva en los *Débats* y la *Revue germanique.* "La única ventaja de la expedición, dice, es que forja la unión nacional. Ha sido condenada por juicio unánime". Desde 1863 ha denunciado las mentiras de la propaganda oficial, y puesto en guardia contra las reacciones americanas. El polemista bromea cuando Rouher declara: "Francia no retrocede jamás". "Como si el honor consistiera en jamás retirar el pie de un bache". Para él, "es preciso partir, y lo más pronto posible... Esta empresa nos conduce a un peligro considerable que ningún interés serio nos obligaba a desafiar..."

Le hacen eco Saint-Marc-Girardin, de los *Débats;* Ed. Schérer, del *Temps* y A. Peyrat del *Avenir National.* En el público, la baja de los fondos mexicanos —el empréstito emitido a trescientos cuarenta francos cae por debajo de tres centavos— inquieta a los tenedores, pequeños y grandes. En los campos, tan apegados sin embargo al emperador, esta guerra que se prolonga, esta guerra que no se comprende, de la que se perciben ecos aterradores a través de las cartas de los soldados del contingente, crea malestar.

Napoleón que "siente" muy bien la opinión, percibe este descontento. El 22 de enero de 1866, en la apertura de las Cámaras, habla claramente: "Así como expresaba el año pasado la esperanza de ello, nuestra expedición toca a su fin. Estoy en comunicación con el emperador Maximiliano para fijar la época del llamado de nuestras tropas". Esto es lo que debe calmar a la opinión.

Si el país es hostil a la aventura mexicana, los que rodean a Napoleón no lo son menos. Los ministros no lo ocultan. Randon juzga peligrosa esta expedición que no le ofrece ninguna ventaja a Francia; Drouyn de Lhuys teme a los Estados Unidos de Norteamérica y a las complicaciones europeas inminentes a las que Francia deberá hacer frente comprometida en el asunto de México. Se incuba el conflicto entre Austria y Prusia; Francia debería tener libres las manos el día en que estalle. Fould defiende las finanzas, muy molesto para explicar el déficit de cincuenta millones y se opone a todo nuevo gasto. Finalmente La Valette, ministro del Interior, reclama desde hace un año el llamado de las tropas. "Es mi deber decir que es indispensable".

"El corrillo de la emperatriz" se alineó al lado de los ministros. También Eugenia ha comprendido su error. Hidalgo no le merece ningún crédito. Ya no se le recibe, y sus cartas no llegan hasta el emperador cuando logran llegar a la antecámara de la emperatriz.

Napoleón, aunque quisiera, no puede resistir más la corriente antimexicana. Por otra parte, ve muchas cartas que provienen de distinguidos oficiales, incluso eminentes, cartas contradictorias, llenas de críticas, que testimonian la turbación del ejército y también la impotencia de Maximiliano. Es preciso terminar ese asunto con México.

*
* *

Y tanto más aprisa cuanto que la situación en Europa es alarmante. El rey de Prusia, Guillermo I, quiere no sólo un ejército nacional, sino "una nación militar", y ha construido un arma eficaz que hizo sus pruebas en la reciente guerra de los ducados. Y Bismarck, que inauguró una política de fuerza, prepara al presente el conflicto con Austria que debe "ceder el lugar", dice brutalmente, es decir, ceder a Prusia la dominación de Alemania. Napoleón III no ignora lo que sucede. Todos los estadistas europeos están atentos a este conflicto inminente.

En estas condiciones, es preciso mostrarse prudente respecto de los Estados Unidos. Éstos ya han expresado en muchas ocasiones su descontento por la intervención francesa, y su negativa de aceptar el imperio de Maximiliano. Negativa dictada por intereses egoístas que hallan ventaja en la anarquía mexicana y en las concesiones arrancadas a Juárez a cambio de apoyo diplomático, intereses que se disimulan tras la adhesión, altamente proclamada, a una doctrina.

Con la victoria del Norte, la actitud de Washington se endurece. Seward reclama de manera más insistente el retiro de las tropas francesas. Drouyn de Lhuys trata de mantener su posición: México será evacuado desde el momento en que el establecimiento del orden esté asegurado. Si el gobierno de los Estados Unidos muestra "tolerancia" hacia el de Maximiliano, esta evacuación será apresurada. Pero Seward, redondamente, rehúsa toda tolerancia hacia "el poder que se apropió la forma imperial en la ciudad de México". Le envía a Bigelow, representante norteamericano en París, un despacho donde declara categóricamente imposible el reconocimiento de un go-

bierno monárquico en México. A instigación del presidente Johnson, se toman dos medidas: el general Logan, conocido por su hostilidad a la intervención francesa y por su adhesión apasionada a la doctrina de Monroe, es enviado como representante oficial de Washington cerca de Juárez. Por otra parte, el general Schofield irá a París para agravar la nerviosidad del gobierno francés. Todo esto señala una nueva era, observa Montholon, ministro de Francia en Washington. Seward, dice, alimenta una política de presión sobre París. Es verdad. A principios de diciembre, Seward, desayunando con los miembros de la comisión de Asuntos Extranjeros, del Congreso, declara: 'Podéis adoptar todas las resoluciones que queráis. Estoy preparado para todo". Lo que significa: Francia cederá. Al presente, ya está seguro de ello.

Drouyn de Lhuys le ha confiado a Bigelow que Napoleón hablaría acerca de México en la apertura del Cuerpo Legislativo "y que lo que diría, satisfaría a los Estados Unidos". En efecto, el emperador pronuncia palabras tranquilizadoras. Hace votos sinceros por la prosperidad de la gran república americana y por el mantenimiento de relaciones amistosas "pronto seculares" entre Francia y los Estados Unidos de Norteamérica. La emoción causada por la presencia de nuestro ejército en el suelo mexicano, se calmará ante "la franqueza de nuestras declaraciones. El pueblo norteamericano comprenderá que nuestra expedición, a la cual lo convidamos, no era opuesta a sus intereses..."

Las notas, sin embargo, continúan sucediéndose, más y más apremiantes de parte de los Estados Unidos. En febrero, Drouyn de Lhuys le da a Montholon las fechas precisas para la evacuación: noviembre de 1866, abril de 1867, noviembre de 1867. Fechas que se insertan en el *Moniteur*.

Paralelamente a la acción diplomática, Washington provee a Juárez de refuerzos de toda índole. En noviembre de 1865 se abre un empréstito mexicano en las grandes ciudades norteamericanas. Hombres. víveres y municiones de guerra les son proporcionadas a las tropas juaristas por el ejército norteamericano del general Weitzell que manda en el Río Grande. Los cañoneros son norteamericanos y a los heridos se les atiende en el hospital de Brownsville. Esta ciudad es el cuartel general de los juaristas. Incluso se verá a oficiales y soldados norteamericanos en uniforme, tomar parte en un sangriento golpe de mano contra la ciudad mexicana de Bagdad.

El 31 de enero de 1866, Napoleón le escribe a Bazaine: "Las circunstancias, más fuertes que mi voluntad, me obligan

a evacuar México..." Las circunstancias, sí: el empuje de la opinión pública, el rechazo de las Cámaras, la crisis europea, la "jactancia" de los Estados Unidos, como dice Bazaine. Pero también, y probablemente sobre todo, el comportamiento de Maximiliano. No se puede, declara Napoleón, sostener a un gobierno a pesar de él mismo.

El general Jeaningros piensa lo mismo: "Toda la potencia de Francia no puede mantener la corona en la cabeza del emperador Maximiliano. Incluso si ella pudiese conservarle la cabeza sobre hombros", añade.